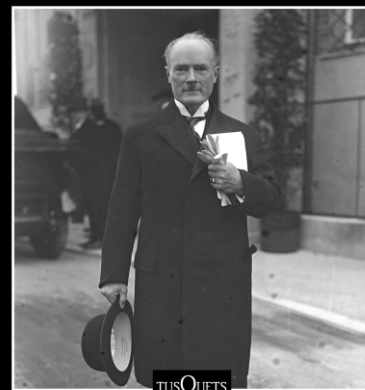




Visita al territorio de Vuillard

Éric Vuillard
EL ORDEN DEL DÍA

colección andanzas



Una reunión secreta

El sol es un astro frío. Su corazón, agujas de hielo. Su luz, implacable. En febrero los árboles están muertos, el río, petrificado, como si la fuente hubiese dejado de vomitar agua y el mar no pudiese tragar más. El tiempo se paraliza. Por las mañanas, ni un ruido, ni un canto de pájaro, nada. Luego, un automóvil, otro, y de pronto pasos, siluetas que no pueden verse. El regidor ha dado los tres golpes pero no se ha alzado el telón.

Es lunes, la ciudad rebulle tras su velo de niebla. Las gentes acuden al trabajo como los demás días, suben al tranvía, al autobús, allí se deslizan hasta el segundo piso y se abisman en sus ensueños en medio del intenso frío. Pero el 20 de febrero de aquel año no fue una fecha como otra cualquiera. Pese a todo, la mayoría pasó la mañana arrimando el hombro, inmersa en esa gran mentira decente del trabajo, con esos pequeños gestos donde se concentra una verdad muda, decorosa, y donde toda la epopeya de nuestra existencia se reduce a una pantomima diligente. Así, el día transcurrió apacible, normal. Y mientras cada cual iba y venía entre el hogar y la fábrica, entre el mercado y el patinillo donde se tiende la ropa, y, por la tarde, entre la oficina y la tasca, y finalmente regresaba a casa, entretanto, muy lejos del trabajo decente, muy lejos de la vida familiar, a orillas del Spree, unos caballeros se apeaban de sus coches ante un palacio. Les abrieron obsequiosamente la portezuela, bajaron de sus voluminosas

berlinas negras y desfilaron uno tras otro bajo las pesadas columnas de gres.

Eran veinticuatro, junto a los árboles muertos de la orilla, veinticuatro gabanes de color negro, marrón o coñac, veinticuatro pares de hombros rellenos de lana, veinticuatro trajes de tres piezas y el mismo número de pantalones de pinzas con un amplio dobladillo. Las sombras penetraron en el gran vestíbulo del palacio del presidente del Parlamento; pero muy pronto no habrá ya Parlamento, no habrá ya presidente y, dentro de unos años, no habrá ni siquiera Parlamento, tan solo un amasijo de escombros humeantes.

Por el momento, todos ellos se despojan de los veinticuatro sombreros de fieltro, dejando al descubierto veinticuatro cráneos calvos o coronas de cabellos blancos. Antes de subir al escenario, se estrechan dignamente la mano. Una vez en el gran vestíbulo, los venerables patricios intercambian palabras ligeras de tono, respetables; uno tiene la impresión de asistir a las primicias un tanto artificiales de una fiesta al aire libre.

Las veinticuatro siluetas salvaron concienzudamente un primer tramo de escalones, después, uno a uno, se enfrentaron a los peldaños de la escalera, deteniéndose a ratos para no fatigar en exceso su viejo corazón, y, con la mano aferrada al pasamanos de cobre, los ojos entornados, fueron subiendo sin admirar ni la elegante balaustrada ni las bóvedas, como si pisaran un montón de invisibles hojas secas. Los guiaron, por la entrada pequeña, hacia la derecha, y allí, tras avanzar unos pasos sobre el suelo en damero, ascendieron la treintena de peldaños que conducen a la segunda planta. Ignoro quién encabezaba la cordada, pero en el fondo tanto da, pues los veinticuatro tuvieron que hacer exactamente lo mismo, seguir el mismo camino, doblar a la derecha, rodeando el hueco de la escalera, y por último, a la izquierda. Dado que las puertas batientes estaban abiertas de par en par, entraron en el salón.

La literatura, según dicen, lo permite todo. Por lo tanto, yo podría hacerles dar vueltas hasta el infinito en la escalera de Penrose, ellos

jamás podrían volver a bajar ni a subir, harían siempre ambas cosas a la vez. Y, en realidad, ese es en cierto modo el efecto que nos producen los libros. El tiempo de las palabras, compacto o líquido, impenetrable o espeso, denso, dilatado, granuloso, petrifica los movimientos, hechiza y aturde. Nuestros personajes permanecerán confinados en el palacio para siempre, como en un castillo encantado. Helos aquí fulminados desde la entrada, lapidificados, paralizados. Las puertas están a un tiempo abiertas y cerradas, las impostas gastadas, arrancadas, destruidas o repintadas. El hueco de la escalera brilla pero está vacío, la lámpara de araña reluce, pero está ciega. Nos hallamos a la vez en todas partes en el tiempo. Así, Albert Vögler subió los escalones hasta el primer rellano y, una vez allí, se llevó la mano al cuello postizo, sudando, chorreando incluso, presa de un leve vértigo. Bajo el grueso farolillo dorado que ilumina los tramos de la escalera se ajusta el chaleco, se desabrocha un botón, se abre el cuello postizo. Tal vez Gustav Krupp hizo un alto en el rellano, él también, y dirigió unas palabras compasivas a Albert, un pequeño apotegma sobre la vejez; vamos, que dio muestras de solidaridad. Acto seguido Gustav prosiguió su camino, y Albert Vögler se quedó allí unos instantes, solo bajo la araña, gran vegetal chapado en oro, con una enorme bola de luz en el centro.

Por fin entraron en el pequeño salón. Wolf-Dietrich, secretario particular de Carl von Siemens, remoloneó un momento junto a la puerta ventana y dejó vagar la mirada sobre la delgada capa de escarcha que cubría el balcón. Por un instante elude los pasteos del mundo para, entre las pacas de algodón, entregarse a un perezoso ensueño. Y mientras los demás parlotean y prenden un Montecristo, cotorreando sobre el color crema o topo de su capa, prefiriendo quien el sabor meloso, quien un sabor especiado, todos ellos adictos a habanos de enormes diámetros, estrujando distraídamente las vitolas finamente doradas, él, Wolf-Dietrich, sueña despierto ante la ventana, ondula entre las ramas desnudas y flota sobre el Spree.

A unos pasos, admirando las delicadas figuritas de yeso que ornan el techo, Wilhelm von Opel se sube y se baja las gruesas gafas redondas. Otro cuya familia galopa hacia nosotros desde el principio de los tiempos, desde el pequeño terrateniente de la parroquia de Braubach, desde ascensos con acopio de togas y emblemas, de fincas y cargos, magistrados primero, burgomaestres después, hasta el instante en que Adam —salido de las entrañas indescifrables de su madre, y tras asimilar todos los trucos de la cerrajería— concibió una maravillosa máquina de coser que supuso el auténtico arranque de su esplendor. Sin embargo, no inventó nada. Hizo que lo contratara un fabricante, observó, dobló la cerviz y mejoró un poco los modelos. Se casó con Sophie Scheller, quien le aportó una dote sustancial, y puso el nombre de su mujer a la primera máquina. La producción aumentaba sin cesar. Bastaron unos años para que la máquina de coser se convirtiera en un utensilio corriente, para que alcanzara la curva del tiempo y se integrara en las costumbres humanas. Sus genuinos inventores habían madrugado demasiado. Una vez consolidado el éxito de sus máquinas de coser, Adam Opel se lanzó al mundo del velocípedo. Hasta que, una noche, una voz extraña se insinuó en el resquicio de la puerta; su propio corazón se le antojó frío, tan frío. No eran los verdaderos inventores de la máquina de coser reclamando el porcentaje de sus derechos, no eran sus obreros reivindicando su parte de los beneficios, era Dios reclamando su alma; no quedaba más remedio que devolverla.

Pero las empresas no mueren como los hombres. Son cuerpos místicos que no perecen jamás. La marca Opel siguió vendiendo bicicletas, también automóviles. A la muerte de su fundador, la firma contaba ya con mil quinientos empleados. No paró de crecer. Una empresa es una persona cuya sangre afluye en masa a su cabeza. A eso llamamos una persona moral. La vida de las empresas perdura mucho más que las nuestras. Así pues, ese 20 de febrero en que Wilhelm medita en el pequeño salón del palacio del presidente del Reichstag, la compañía Opel es ya una anciana

dama. Hoy en día, no es ya sino un imperio dentro de otro imperio, y tan solo guarda una lejanísima relación con las máquinas de coser del viejo Adam. Y pese a que la compañía Opel es una anciana dama muy rica, es tan anciana que apenas se le presta atención, ya forma parte del entorno. Y es que la compañía Opel es bastante más vieja que gran número de Estados, más vieja que el Líbano, que la misma Alemania, más vieja que la mayoría de los Estados de África, más vieja que Bután, donde sin embargo los dioses fueron a perderse entre las nubes.

Las máscaras

Podríamos acercarnos a cada uno de los veinticuatro caballeros, uno tras otro, mientras entran en el palacio, podríamos rozar su ancho cuello duro, el nudo corredizo de su corbata, perdernos un instante en el mordisqueo de sus bigotes, soñar entre las listas atigradas de sus chaquetas, abismarnos en sus ojos tristes, y allí, en el fondo de la flor de árnica amarilla y picante, encontraríamos la misma puertecita: tiraríamos del cordón de la campanilla y nos remontaríamos de nuevo en el tiempo, lo que nos permitiría presenciar una misma sucesión de maniobras, de ventajosos matrimonios, de operaciones sospechosas: el monótono relato de sus hazañas.

Ese 20 de febrero, Wilhelm von Opel, el hijo de Adam, se ha cepillado definitivamente la grasa sucia incrustada en sus uñas, ha guardado su velocípedo, olvidado su máquina de coser, y ostenta en su apellido una partícula nobiliaria donde se resume toda la saga de su familia. Con la autoridad que le confieren sus sesenta y dos años, carraspea mientras consulta su reloj. Frunce los labios y echa un vistazo a su alrededor. Hjalmar Schacht ha trabajado duro: no tardarán en nombrarlo director del Reichsbank y ministro de Economía. En torno a la mesa se hallan reunidos Gustav Krupp, Albert Vögler, Günther Quandt, Friedrich Flick, Ernst Tengelmann, Fritz Springorum, August Rosterg, Ernst Brandi, Karl Büren, Günther Heubel, Georg von Schnitzler, Hugo Stinnes Jr., Eduard Schulte, Ludwig von Winterfeld, Wolf-Dietrich von Witzleben, Wolfgang

Reuter, August Diehn, Erich Fickler, Hans von Loewenstein zu Loewenstein, Ludwig Grauert, Kurt Schmitt, August von Finck y el doctor Stein. Nos hallamos en el nirvana de la industria y las finanzas. Ahora se les ve muy silenciosos, muy tranquilos, un tanto ofuscados tras esos casi veinte minutos de espera; el humo de los grandes habanos les escuece en los ojos.

Con una suerte de recogimiento, algunas sombras se detienen ante un espejo y se retocan el nudo de la corbata; se sienten a sus anchas en el saloncito. En algún lugar, en uno de sus cuatro libros sobre arquitectura, Palladio definió bastante vagamente el salón como una pieza de recepción, un escenario donde se desarrollan los vodeviles de nuestra existencia; y en la famosa villa Godi Malinverni, tras cruzar la sala del Olimpo, donde los dioses desnudos retozan entre aparentes ruinas, y la sala de Venus, donde un niño y un paje escapan por una falsa puerta pintada, se accede al salón central, donde encontramos en un marco de madera, encima de la entrada, el final de una oración: «Mas líbranos del mal». Pero en el palacio del presidente del Parlamento, donde se celebraba nuestra pequeña recepción, en vano se habría buscado tal inscripción; no estaba en el orden del día.

Transcurrieron lentamente varios minutos bajo el alto techo. Se intercambiaron sonrisas. Se abrieron carteras de cuero. Schacht se quitaba de vez en cuando las finas gafas y se frotaba la nariz, la lengua asomando entre los labios. Los invitados seguían plácidamente sentados, apuntando hacia la puerta sus ojillos de cangrejo. Susurraban entre dos estornudos. Algunos desplegaban un pañuelo, las narices trompeteaban en medio del silencio; luego se recomponían, aguardando pacientemente que comenzara la reunión. Eran duchos en reuniones, todos acumulaban consejos de administración o de supervisión, todos pertenecían a alguna asociación patronal. Por no hablar de las siniestras reuniones familiares de aquel patriarcado austero y tedioso.

Gustav Krupp, sentado en primera fila, se pasa el guante por el rostro rubicundo, gargalear religiosamente en el moquero, está

acatarrado. Con la edad, sus finos labios comienzan a dibujar una fea medialuna invertida. Parece triste e inquieto; da vueltas maquinalmente entre sus dedos a un bonito anillo, perdido en la bruma de sus anhelos y cálculos —y puede que estas palabras posean para él un solo significado, como si hubieran ido imantándose lentamente la una hacia la otra.

De súbito, las puertas rechinan, el parqué cruje; alguien conversa en la antesala. Los veinticuatro lagartos se alzan sobre las patas traseras y se mantienen bien erguidos. Hjalmar Schacht traga saliva, Gustav se ajusta el monóculo. Tras los batientes de la puerta se oyen voces ahogadas y después un silbido. Por fin, el presidente del Reichstag entra sonriendo en la estancia: es Hermann Göring. Y eso, muy lejos de despertar sorpresa entre nosotros, en el fondo no es más que un acontecimiento bastante trivial, pura rutina. En el mundo de los negocios, las luchas partidistas son poca cosa. Políticos e industriales están habituados a codearse.

Göring rodea la mesa, dedicando unas palabras a cada uno y estrechando manos bonachonamente. Pero el presidente del Reichstag no ha venido solamente a recibirlos; tras mascullar unas palabras de bienvenida, evoca de inmediato las cercanas elecciones, las del 5 de marzo. Las veinticuatro esfinges le escuchan con atención. La campaña electoral que se avecina es determinante, declara el presidente del Parlamento, urge acabar con la inestabilidad del régimen; la actividad económica requiere calma y firmeza. Los veinticuatro caballeros asienten religiosamente. Las velas eléctricas de la araña parpadean, el gran sol pintado en el techo brilla más que hace unos instantes. Y si el partido nazi alcanza la mayoría, añade Göring, estas elecciones serán las últimas durante los próximos diez años; e incluso —añade con una sonrisa— durante los próximos cien años.

Un gesto de aprobación recorrió la hilera de hombres. En ese preciso instante se oyó un rumor de puertas, y el nuevo canciller

entró por fin en el salón. Quienes no lo conocían sentían curiosidad por verlo. Hitler estaba sonriente, relajado, en absoluto como lo imaginaban, afable, sí, e incluso amable, mucho más amable de lo que auguraban. Tuvo para cada uno unas palabras de agradecimiento y un tónico apretón de manos. Una vez hechas las presentaciones, todos volvieron a ocupar sus confortables butacas. Krupp se hallaba en primera fila, atusándose con un dedo nervioso el diminuto bigote; justo detrás de él, dos dirigentes de IG Farben, pero también Von Finck, Quandt y otros, cruzaron doctamente las piernas. Se oyó una tos cavernosa, el capuchón de una estilográfica emitió un minúsculo chasquido. Silencio.

Escucharon. El meollo del asunto se resumía en lo siguiente: había que acabar con un régimen débil, alejar la amenaza comunista, suprimir los sindicatos y permitir a cada patrono ser un Führer en su empresa. El discurso duró media hora. Cuando Hitler concluyó, Gustav se levantó y, en nombre de todos los invitados presentes, agradeció que se clarificase por fin la situación política. El canciller dio un rápido rodeo antes de marcharse. Lo felicitaron, se mostraron corteses. Los viejos industriales parecían aliviados. Una vez que se hubo retirado, tomó la palabra Göring, que reformuló enérgicamente algunas ideas antes de rememorar de nuevo las elecciones del 5 de marzo. Era una ocasión única para salir del estancamiento en que se hallaban. Pero para hacer campaña se necesitaba dinero; el partido nazi no tenía un chavo, y se echaba encima la campaña electoral. En ese instante, Hjalmar Schacht se levantó, sonrió a los presentes y dejó caer: «Ahora, caballeros, ¡a pasar por caja!».

Tal invitación, un tanto descarada, no les pillaba de nuevas a esos hombres; estaban acostumbrados a las comisiones y a los pagos bajo cuerda. La corrupción es una carga ineludible del presupuesto de las grandes empresas; recibe distintos nombres: *lobbying*, gratificación, financiación de partidos. Así pues, la mayoría de los invitados desembolsó de inmediato unos centenares de miles de marcos, Gustav Krupp donó un millón, Georg von Schnitzler

cuatrocientos mil, con lo que se recogió una suma considerable. Esa reunión del 20 de febrero de 1933, que cabría calificar de momento único en la historia patronal, de compromiso inaudito con los nazis, para los Krupp, los Opel o los Siemens no es más que un episodio bastante habitual en el mundo de los negocios, una trivial recaudación de fondos. Todos ellos sobrevivirán al régimen y financiarán en el futuro a numerosos partidos a tenor de sus beneficios.

Pero para comprender mejor lo que representa la reunión del 20 de febrero, para captar hasta qué punto es eterna su esencia, en lo sucesivo deberemos llamar a esos hombres por su nombre. No son ya Günther Quandt, Wilhelm von Opel, Gustav Krupp, August von Finck quienes están allí ese atardecer del 20 de febrero de 1933, en el palacio del presidente del Reichstag; deben pronunciarse otros nombres. Porque Günther Quandt es un criptónimo, oculta algo distinto del grueso sujeto que se retoca el bigote sentado con toda formalidad en su sillón, en torno a la mesa de honor. Tras él, justo detrás, se yergue una silueta harto más imponente, sombra tutelar, fría e impenetrable cual estatua de piedra. Sí, dominando con toda su potencia, feroz, anónima, la cara de Quandt, confiriéndole esa rigidez de máscara, una máscara que encajaría más con el rostro que su propia piel, se adivina, sobrevolando por encima de él, Accumulatoren-Fabrik AG, la futura Varta, una compañía a la que sí conocemos, pues las personas jurídicas poseen sus avatares, al igual que las divinidades antiguas cobraban distintas formas y, con el paso del tiempo, se sumaban al resto de los dioses.

Tal es, pues, el nombre auténtico de los Quandt, su nombre de demiurgo, porque él, Günther, no es más que un montoncito de carne y huesos, como ustedes y como yo, y porque, después de él, sus hijos y los hijos de sus hijos se sentarán en el trono. Pero el trono, por su parte, permanece cuando el montoncito de carne y de huesos se corrompe bajo tierra. Y así, los veinticuatro no se llaman ni Schnitzler, ni Witzleben, ni Schmitt, ni Finck, ni Rosterg, ni Heubel, como nos mueve a creer el registro civil. Se llaman BASF, Bayer,

Agfa, Opel, IG Farben, Siemens, Allianz, Telefunken. Con esos nombres sí los conocemos. Es más, los conocemos muy bien. Están ahí, entre nosotros. Son nuestros coches, nuestras lavadoras, nuestros artículos de limpieza, nuestras radios despertadores, el seguro de nuestra casa, la pila de nuestro reloj. Están ahí, en todas partes, bajo la forma de cosas. Nuestra vida cotidiana es la suya. Cuidan de nosotros, nos visten, nos iluminan, nos transportan por las carreteras del mundo, nos arrullan. Y los veinticuatro sujetos presentes en el palacio del presidente del Reichstag, ese 20 de febrero, no son sino sus mandatarios, el clero de la gran industria; son los sacerdotes de Ptah. Y se mantienen allí impasibles, como veinticuatro calculadoras en las puertas del Infierno.

Una visita de cortesía

Una inclinación oscura nos entregó, pasivos y amedrentados, al enemigo. Desde entonces, nuestros libros de Historia remachan el aterrador acontecimiento, en el que concordaron la celeridad y la razón. Así, una vez convertidos el alto clero de la industria y de la banca, reducidos después al silencio los opositores, los únicos adversarios serios del régimen eran las potencias extranjeras. El tono fue subiendo poco a poco con Francia e Inglaterra, en una mezcolanza de hechos violentos y buenas palabras. Y así fue como en noviembre de 1937, entre dos enfrentamientos, tras algunas protestas estrictamente formales con respecto a la anexión del Sarre, a la remilitarización de Renania o al bombardeo de Guernica por parte de la legión Cóndor, Halifax, lord presidente del Consejo británico, acudió a Alemania, a título personal, invitado por Hermann Göring, ministro del Aire, comandante en jefe de la Luftwaffe, ministro del Reich de los Bosques y la Caza, presidente del difunto Reichstag... y el creador de la Gestapo. No está nada mal, y sin embargo Halifax no rechista, no le choca ese tipo exaltado y truculento, notorio antisemita, cubierto de condecoraciones. Y tampoco cabe decir que a Halifax lo hubiera engatusado alguien que ocultaba su juego, que el ministro británico no hubiera reparado en los modales de dandi, en los incontables títulos, en la retórica delirante, tenebrosa, en el cuerpo panzudo de Göring; no. Por aquel entonces quedaba muy lejos la reunión del 20 de febrero, los nazis habían abandonado todo comedimiento. Además, cazaron juntos, se

rieron juntos, cenaron juntos; y Hermann Göring, que no escatimaba demostraciones de cariño y de simpatía, pues probablemente había soñado con ser actor y consiguió serlo a su manera, debió de darle palmaditas en el hombro, y aun pitorrearse un poco del viejo Halifax, espetarle algún comentario jocosos con doble sentido, de esos que dejan al destinatario de una pieza, un poco incómodo, como al oír una alusión sexual.

¿Lo envolvió el montero mayor en su manto de bruma y de polvo? Sin embargo, lord Halifax, al igual que los veinticuatro grandes sacerdotes de la industria alemana, debía de estar muy en antecedentes con respecto a Göring, debía de estar enterado de su historia, de su vida de golpista, su afición a los uniformes de fantasía, su morfinomanía, su internamiento en Suecia, el diagnóstico abrumador de violencias, de desorden mental, de depresión, sus inclinaciones suicidas. Lo que sabía de él no podía limitarse al héroe del bautismo en el aire, al piloto de la Primera Guerra Mundial, al vendedor de paracaídas, al viejo soldado. No era un ingenuo ni un novato, Halifax, sin duda poseía la suficiente información como para que no le resultara un tanto curioso aquel paseo durante el cual se los ve a los dos, en una pequeña filmación de la época, admirar el parque de bisontes en el que Göring, furiosamente desinhibido, dispensa sus clases de bienestar. Tampoco podía pasarle por alto la sorprendente pluma que el alemán lleva en el sombrero, el cuello de pieles, la peregrina corbata. Tal vez le guste la caza, a Halifax, como le gustaba a su anciano padre, y entonces debió de disfrutar en Schorfheide, pero es imposible que no reparara en la extraña chaqueta de cuero que luce Hermann Göring ni en el puñal que lleva al cinto, es imposible que no prestara atención a las siniestras alusiones envueltas en groseras chanzas. Tal vez lo haya visto tirar con arco, disfrazado de saltimbanqui; sin duda ha visto los animales salvajes domesticados, el cachorro de león que acude a lamer la cara del amo. Y aunque no hubiera visto todo eso, aunque hubiera pasado sólo un cuarto de hora con Göring, a buen seguro ha oído hablar de los inmensos

circuitos de trenecitos para niños que tiene en el sótano de su casa, y por fuerza lo ha oído murmurar un montón de sorprendentes necesidades. Y Halifax, el viejo zorro, no ha podido ignorar su egomanía delirante. ¡Incluso quizá lo ha visto soltar bruscamente el volante de su descapotable y gritar al viento! Sí, es imposible que no adivinara, bajo la máscara espesa y abotargada, el meollo aterrador. Además, ha conocido al Führer. ¡Y ahí tampoco vio nada Halifax! Ignorando las reservas de Eden, llegó incluso a darle a entender a Hitler que las pretensiones alemanas sobre Austria y parte de Checoslovaquia no le parecían ilegítimas al gobierno de Su Majestad, siempre que todo se desarrollara en un clima de paz y de concierto. No es un ser tosco, Halifax. Pero una última anécdota refleja a la perfección al personaje. Delante de Berchtesgaden, donde lo depositaron, lord Halifax divisó junto al coche a una figura a la que tomó por un sirviente. Creyó que el hombre acudía a su encuentro para ayudarlo a subir las gradas de la escalinata. Entonces, mientras abrían la portezuela del coche, Halifax le tendió el abrigo. Pero, en el acto, Von Neurath o algún otro, tal vez un criado, le susurró al oído con voz ronca: «¡El Führer!». Lord Halifax alzó los ojos. En efecto, era Hitler. ¡Lo había tomado por un lacayo! Es que no se había molestado en levantar la nariz, como relatará en su pequeño libro de memorias, *Plenitud de los días*: al principio solo vio unos pantalones, y debajo, un par de zapatos. El tono es irónico, lord Halifax intenta hacernos reír. Pero yo no le veo la gracia. El aristócrata inglés, el diplomático que se yergue orgulloso tras su pequeña ristra de antepasados, sordos como tapias, gilipollas, de cortos alcances..., todas esas cosas me dejan frío. ¿No fue el muy honorable vizconde Halifax quien, en su calidad de ministro de Finanzas y del Tesoro, se opuso firmemente a toda ayuda suplementaria a Irlanda a lo largo de todo su mandato? La hambruna causó un millón de muertos. Y también está el muy honorable segundo vizconde, el padre de Halifax, el que fuera ayuda de cámara del rey, coleccionista de historias de fantasmas, historias que uno de sus hijos fantasmas publicaría tras su muerte. ¿Acaso

puede uno realmente ocultarse detrás de estos ancestros? Pero esa torpeza no tiene nada de excepcional, no es la pifia de un anciano atolondrado, es ceguera social, arrogancia. En cambio, en lo tocante a las ideas, Halifax no se muestra mojigato. Así, al comentar su entrevista con Hitler, escribirá a Baldwin: «El nacionalismo y el racismo son fuerzas pujantes, ¡pero no las considero ni contra natura ni inmorales!»; y casi a continuación añade: «No me cabe duda de que esas personas odian de verdad a los comunistas. Y le aseguro que nosotros, de estar en su lugar, sentiríamos lo mismo». Tales fueron las premisas de lo que todavía hoy llamamos *política de apaciguamiento*.

Intimidaciones

Por el momento todo se reducía, pues, a las visitas de cortesía. Sin embargo, el 5 de noviembre de 1937, unos doce días antes de que lord Halifax acudiera a hablar de paz con los alemanes, Hitler comunicó a los jefes de sus ejércitos que proyectaba ocupar a la fuerza una parte de Europa. Primero invadirían Austria y Checoslovaquia. Es que en Alemania estaban muy apretados, y como nunca se alcanza el meollo de sus deseos, como la cabeza se vuelve siempre hacia los horizontes difusos, y además, como un fondo de megalomanía sobre trastornos paranoicos hace que la pendiente resulte más irresistible, después de los delirios de Herder y del discurso de Fichte, desde el espíritu de un pueblo celebrado por Hegel y el sueño de Schelling en torno a una comunión de los corazones, la noción de *espacio vital* no suponía ninguna novedad. Por supuesto, aquella reunión se había mantenido en secreto, pero salta a la vista cuál sería el ambiente que reinaba en Berlín poco antes de que llegara Halifax. Y eso no es todo. El 8 de noviembre, nueve días antes de su visita, Goebbels había inaugurado una gran exposición de arte en Múnich sobre el tema «El judío eterno». Tal era el panorama. Nadie podía ignorar los planes de los nazis, sus brutales intenciones. El incendio del Reichstag, el 27 de febrero de 1933; la apertura de Dachau, el mismo año; la esterilización de los enfermos mentales, el mismo año; la Noche de los Cuchillos Largos, al año siguiente; las leyes para la salvaguarda de la sangre y del

honor alemán, el censo de las características raciales, en 1935; son muchas cosas, la verdad.

En Austria, hacia donde apuntaron de inmediato las ambiciones del Reich, el canciller Dollfuss, que se había arrogado —desde lo alto de su exiguo metro cincuenta— todos los poderes, fue asesinado por nazis austriacos ya en 1934. Schuschnigg, su sucesor, continuó su política autoritaria. Alemania practicó durante varios años una diplomacia hipócrita, amalgama de atentados, chantaje y seducción. Al final, tres meses después de la visita de Halifax, Hitler subió el tono. Schuschnigg, el pequeño déspota austriaco, es convocado en Baviera, ha llegado el momento del *Diktat*; el tiempo de las maniobras clandestinas ha tocado a su fin.

El 12 de febrero de 1938, Schuschnigg se persona por tanto en Berchtesgaden para entrevistarse con Adolf Hitler. Llega a la estación ferroviaria disfrazado de esquiador: el motivo de su viaje es, supuestamente, acudir a una estación de invierno. Y mientras se despoja en el tren de su equipo de esquí, en Viena las fiestas alcanzan su apogeo. Porque se celebra el carnaval; de este modo, las fechas más alegres se solapan con las entrevistas siniestras de la Historia. Charanga, contradanza, remate final. Suena uno de los ciento cincuenta vales de Strauss, un vals que destila elegancia y encanto, bajo una avalancha de dulces. El carnaval de Viena es, ciertamente, menos conocido que el de Venecia o el de Río. La gente no luce tan bellísimas máscaras ni se abandona a tan enfebrecidos bailes. No. No es más que un vals seguido de otro. Pese a todo, es una gran fiesta. Los órganos constituidos del pequeño Estado católico y corporativista organizan los festejos. Y así, mientras Austria agoniza, su canciller, disfrazado de esquiador, desaparece en la noche rumbo a un improbable viaje, y los austriacos se entregan a la fiesta.

Por la mañana, en la estación de tren de Salzburgo, solo hay un cordón policial. El tiempo es húmedo y frío. El coche que traslada a Schuschnigg bordea el campo de aviación y enfila la carretera nacional; el gran cielo gris lo invita a ensimismarse. Su ensoñación se abandona a las oscilaciones del coche, se entretiene con los copos de escarcha. Toda vida es miserable y solitaria; todos los caminos son tristes. Se aproximan a la frontera, a Schuschnigg le asalta una brusca aprensión; tiene la sensación de hallarse al borde de la verdad; mira el cráneo de su chófer.

En la frontera ha acudido a recibirle Von Papen. Su largo rostro elegante tranquiliza al canciller. Mientras sube al coche, Von Papen le anuncia que tres generales alemanes asistirán a la conferencia. «Supongo que no tendrá usted inconveniente», le espeta con displicencia. El intento de intimidación es grosero. Las maniobras más brutales nos dejan sin voz. Uno no se atreve a decir nada. Un ser demasiado educado, demasiado tímido, en lo más hondo de nuestro interior, contesta en vez de nosotros; dice lo contrario de lo que habría que decir. Así pues, Schuschnigg no protesta y el coche prosigue su camino como si tal cosa. Mientras su mirada muerta transita por el arcén, los adelanta un camión militar, seguido por dos coches blindados de las SS. Al canciller austriaco le invade una sorda angustia. ¿Qué ha venido a hacer a ese avispero? El coche asciende lentamente hacia Berchtesgaden. Schuschnigg observa la copa de los pinos tratando de dominar su malestar. Calla. Tampoco Von Papen dice una palabra. Luego el coche llega al Berghof, la portezuela se abre y vuelve a cerrarse. Schuschnigg tiene la sensación de haber caído en una horrible trampa.

La entrevista en el Berghof

Hacia las once de la mañana, tras un remolineo de cumplidos, las puertas del despacho de Adolf Hitler se cierran tras el canciller de Austria. Tiene lugar entonces una de las escenas más fantásticas y grotescas de todos los tiempos. Tan solo contamos con un testimonio de lo que ocurrió. El de Kurt von Schuschnigg.

En el capítulo más doloroso de sus memorias, *Réquiem por Austria*, tras una cita de Tasso un tanto pedante, su pequeño relato arranca en una de las ventanas del Berghof. El canciller austriaco, que acaba de sentarse invitado por el Führer, cruza y descruza las piernas, un poco incómodo. Se siente embotado, privado de fuerzas. La angustia de antes sigue presente, suspendida en el artesonado del techo, oculta bajo las butacas. Como no sabe muy bien qué decir, Schuschnigg vuelve la cabeza y alaba las vistas; a continuación evoca, entusiasta, las decisivas conversaciones que habrán tenido lugar en ese despacho. Hitler lo interrumpe de inmediato: «¡No estamos aquí para hablar de las vistas ni del tiempo!». Schuschnigg se queda paralizado; intenta entonces salvar la situación mediante una relamida y penosa perorata, evocando el mustio acuerdo austro-germano de julio de 1936, como si hubiera acudido allí solo para aclarar pequeñas dificultades pasajeras. Por último, en un desesperado arranque, aferrándose a su buena fe como a una mísera tabla de salvación, el canciller austriaco declara haber impulsado en estos últimos años una política alemana, ¡resueltamente alemana, sí! Ahí es donde lo esperaba Hitler.

«¡Ah! ¿A eso llama usted una política alemana, señor Schuschnigg? ¡No solo no ha aplicado una política alemana, sino que ha hecho todo lo posible por evitarla!», vocifera. Y tras una torpe justificación de Schuschnigg, Hitler, fuera de sí, va más allá: «Además, Austria no ha hecho nunca nada beneficioso para el Reich. Su historia es una serie ininterrumpida de traiciones».

De inmediato a Schuschnigg se le humedecen las manos. ¡Y qué grande se le antoja la estancia! No obstante, todo a su alrededor parece tranquilo. El tapizado de las butacas es vulgar, los cojines demasiado blandos, el revestimiento de madera de las paredes regular, las pantallas de las lámparas lucen pequeñas borlas. De repente, Schuschnigg está solo en la hierba fría, bajo el gran cielo invernal, frente a las montañas. La ventana se torna inmensa. Hitler lo mira con sus ojos pálidos. Schuschnigg cruza de nuevo las piernas y se ajusta las gafas.

Por el momento, Hitler lo llama «señor», y Schuschnigg, imperturbable, sigue llamándolo «canciller»; Hitler lo ha mandado a paseo, y Schuschnigg, para justificarse, se ha jactado de aplicar una política alemana; ahora resulta que el canciller insulta a Austria, llega incluso a vociferar que su contribución a la historia alemana es nula, y Schuschnigg, tolerante, magnánimo, en vez de darse media vuelta y poner fin a la conversación, busca desesperadamente en su memoria, como un buen alumno, un ejemplo de la famosa contribución austriaca a la Historia. A toda prisa, angustiadísimo, hurga en los bolsillos de los siglos. Pero su memoria está vacía, el mundo está vacío, Austria está vacía. Y Hitler lo escruta con la mirada. En esas condiciones, ¿qué podrá encontrar, acuciado por su desespero? A Beethoven. Encuentra al bueno de Ludwig van Beethoven, el sordo irascible, el republicano, el solitario desesperado. Extrae de su retiro a Beethoven, el hijo de alcohólico, el *moreno*. Kurt von Schuschnigg, el canciller de Austria, el pequeño aristócrata racista y timorato, lo saca del bolsillo de la Historia y lo

agita de pronto como un trapo blanco ante la cara de Hitler. Pobre Schuschnigg. Ha ido a buscar a un músico contra el delirio, ha ido a buscar la *Novena sinfonía* contra la amenaza de una agresión militar, ha ido a buscar las tres pequeñas notas de la *Appassionata* para demostrar que Austria ha desempeñado un auténtico papel en la Historia.

«Beethoven no es austriaco», le replica Hitler, soltando un inesperado picotazo, «es alemán».

Y tiene razón. Schuschnigg no había caído en la cuenta. Beethoven es alemán, no cabe duda. Nació en Bonn. Y Bonn, por más que uno haga, por más que uno tire discretamente del mantel o rebusque en todos los anales de la Historia, nunca ha sido una ciudad austriaca, en absoluto. ¡Bonn está tan lejos de Austria como París! Es como decir que Beethoven es rumano, o incluso ucraniano, viene a ser lo mismo. ¿Y por qué no croata, ya puestos, o marsellés?, porque, bien mirado, Marsella no queda mucho más lejos de Viena.

«Es verdad», balbuce Schuschnigg, «pero es austriaco de adopción».

Decididamente, aquello distaba bastante de ser una reunión de jefes de Estado.

Hacía un tiempo desapacible. La entrevista finalizó. Tuvieron que almorzar mano a mano. Bajaron juntos la escalera. Antes de entrar en el comedor del Berghof, a Schuschnigg le llamó la atención un retrato de Bismarck: el párpado izquierdo del gran canciller cae inexorablemente sobre el ojo, la mirada es fría, displicente; la piel parece flácida. Entraron en el comedor, se sentaron; Hitler en medio de la mesa, el canciller austriaco frente a él. El almuerzo transcurrió sin sobresaltos. Hitler parecía relajado, estuvo incluso locuaz. En un arranque pueril, contó que iba a mandar construir en Hamburgo *el mayor puente del mundo*. Acto seguido, al parecer incapaz de refrenarse, agregó que ordenaría construir en esa ciudad

los rascacielos más altos, y que así los americanos comprobarían que en Alemania se construye más a lo grande y mejor que en Estados Unidos. Tras lo cual, pasaron al salón. Sirvieron el café dos jóvenes SS. Finalmente, Hitler se retiró, y de inmediato el canciller austriaco se puso a fumar como un carretero.

Las fotografías de Schuschnigg que poseemos nos muestran dos rostros: un rostro displicente, austero, y otro más tímido, contenido, casi soñador. En una célebre fotografía aparece con los labios apretados, el aire abismado, el cuerpo en una suerte de abandono, de decaimiento. La foto está tomada en Ginebra en 1934, en sus habitaciones. Schuschnigg está de pie, tal vez inquieto. Sus facciones traslucen cierta languidez, indecisión. Se diría que sostiene en la mano una hoja de papel, pero ahí la imagen no es muy nítida y una mancha oscura se come la parte inferior de la foto. Si se mira con atención, se ve que la solapa de un bolsillo de la chaqueta queda arrugada por su brazo, y se divisa un extraño objeto, quizá una planta, que invade la zona derecha de la imagen. Pero esa fotografía, tal como acabo de describirla, no la conoce nadie. Para verla hay que acudir a la sección de estampas y fotografías de la Biblioteca Nacional de Francia. La que conocemos ha sido recortada y encuadrada. De modo que, salvo algún ayudante de archivero encargado de clasificar y conservar los documentos, nadie ha visto nunca la solapa mal cerrada del bolsillo de Schuschnigg, ni el extraño objeto —una planta o a saber el qué— a la derecha de la foto, ni la hoja de papel. Una vez encuadrada, la fotografía produce una impresión muy diferente. Cobra una especie de carácter oficial, un viso de decencia. Ha bastado eliminar unos insignificantes milímetros, un trocito de verdad, para que el canciller de Austria parezca más serio, menos azorado que en el cliché original; como si el hecho de haber acercado un poco el campo de visión, borrado algún elemento desordenado, para concentrar la atención en él, confiriese a Schuschnigg una pizca de densidad. Es tal el arte del relato que nada es inocente.

Pero ahora, en el Berghof, huelga hablar de densidad y de decencia. Aquí solo hay un único encuadre válido, solo hay un arte de convencer, una manera de obtener lo que se desea: el miedo. Sí, aquí lo que impera es el miedo. Se han acabado las amables alusiones, las formas contenidas de la autoridad, las apariencias. Entonces, el pequeño *junker* tiembla. Para empezar, se hace cruces de que se atrevan a hablarle así a él, a Schuschnigg. Como se lo confesará poco después a uno de sus hombres, por lo demás, se siente insultado. Aun así, no se marcha, no da muestras de la menor indignación, solo fuma. Fuma pitillo tras pitillo.

Transcurren dos largas horas. Después, a eso de las cuatro, Schuschnigg y su consejero son invitados a reunirse con Ribbentrop y Von Papen en una habitación contigua. Les presentan unos artículos de un nuevo acuerdo entre ambos países, precisando que son las últimas concesiones posibles del Führer. Pero ¿qué exige ese acuerdo? De entrada, exige —merced a una fórmula vacía y poco comprometida— que Austria y el Reich se consulten sobre los asuntos internacionales que atañan a ambas partes. Exige —y ahí es donde empiezan a complicarse las cosas— que en Austria se autoricen las ideas nacionalsocialistas y que Seyss-Inquart, un nazi, sea nombrado ministro del Interior, y con plenos poderes: una injerencia inconcebible. También exige que el doctor Fischböck, un nazi notorio, sea nombrado asimismo miembro del gobierno. Exige a continuación la amnistía para todos los nazis encarcelados en Austria, incluidos los nazis criminales. Exige que a todos los funcionarios y oficiales nacionalsocialistas se les restituyan los derechos de que gozaban anteriormente. Exige el inmediato intercambio de un centenar de oficiales entre los dos ejércitos y el nombramiento del nazi Glaise-Horstenau como ministro austriaco de la Guerra. Y, en fin, exige —postrer afrenta— la destitución de los directores de propaganda austriacos. Tales medidas deberán hacerse efectivas en ocho días, a cambio de lo cual —sublime concesión— «Alemania reafirma la independencia de Austria y su adhesión a los convenios de julio de 1936», que quedan ya

totalmente vacíos de contenido. Luego, para acabar, fórmula inaudita después de lo que acaba de leerse: «Alemania renuncia a toda intromisión en la política interior de Austria». Es como estar soñando.

Entonces se entabla la discusión, y Schuschnigg intenta dulcificar las exigencias alemanas; pero, sobre todo, quiere salvar la cara. Desplazan y tocan algunos puntos y detalles. Parecen sapos en torno a una charca que se pasan el mismo ojo y el mismo diente para utilizarlos alternativamente. Al final, Ribbentrop consiente en enmendar tres artículos introduciendo, tras laboriosas negociaciones, cambios sin importancia. De repente se interrumpe la discusión: Hitler ordena llamar a Schuschnigg.

La luz de las lámparas inunda el despacho. Hitler lo recorre a zancadas. El canciller austriaco vuelve a sentirse incómodo. Y tan pronto como se sienta, Hitler lo agrade, anunciándole que acepta un último intento de conciliación. «Este es el proyecto», dice, «no habrá negociación. ¡No cambiaré una coma! O firma usted, o no tiene sentido que prosigan estas conversaciones. Tomaré mi decisión esta noche». El Führer muestra su expresión más grave y siniestra.

El canciller Schuschnigg se enfrenta ahora a su instante de oprobio o de gracia. ¿Cederá a esa maquinación mediocre y aceptará el ultimátum? El cuerpo es un instrumento de goce. El de Adolf Hitler se agita enajenado. Es rígido como un autómatas y virulento como un escupitajo. El cuerpo de Hitler debió de penetrar en los sueños y las conciencias, uno cree encontrarlo en las sombras del tiempo, en las paredes de las cárceles, arrastrándose bajo los catres de tijera, dondequiera que los hombres han grabado las siluetas que los obsesionan. Así, quizá en el momento en que Hitler arroja a la cara de Schuschnigg su ultimátum, en el momento en que la suerte del mundo, a través de las coordenadas del tiempo y del espacio, queda

un instante, un solo instante, en manos de Kurt von Schuschnigg, a unos cientos de kilómetros de allí, en su asilo de Ballaigues, Louis Soutter dibujaba con los dedos en un mantel de papel una de sus oscuras danzas. Repulsivos y terribles monigotes se agitan en el horizonte del mundo donde rueda un sol negro. Corren y huyen en todas direcciones esqueletos, fantasmas surgiendo de la bruma. Pobre Soutter. Llevaba ya más de quince años en su asilo de ancianos, quince años dibujando sus angustias en míseros trozos de papel, sobres usados, extraídos de la papelería. Y en aquel instante en que en el Berghof se dirime el destino de Europa, sus pequeños personajes oscuros, retorciéndose como alambres, me parecen un presagio.

Soutter había regresado de una larga estancia lejos de su casa, lejísimos, en el extranjero, en la otra punta del mundo, en un inquietante estado de deterioro. Tras lo cual malvivió como pudo. Músico en *thés-dansants* durante la temporada turística, comenzó a perseguirle una fama de loco dondequiera que fuese. Su rostro adoptó una profunda expresión de melancolía. Y fue internado en el asilo de ancianos de Ballaigues. De vez en cuando se fugaba; cuando lo encontraban, en los huesos, medio muerto de frío, volvían a internarlo. Arriba, en su habitación, se amontonaba una monstruosa pila de bocetos donde aparecían seres negros, deformes, grandes inválidos palpitantes. Su propio cuerpo estaba enflaquecido, baldado por largas caminatas en la campiña. Sus mejillas se veían hundidas, cavernosas; se había quedado sin dientes. Incapaz ya de sostener un pincel o una pluma para dibujar, debido a la artrosis que le deformaba las manos, casi ciego, empezó a pintar con los dedos, untándolos en tinta, allá por 1937. Tenía casi setenta años. Aquellas fueron sus obras más hermosas; se puso a pintar cohortes de figuras negras, convulsas, frenéticas. Parecían racimos de sangre. Bandadas de saltamontes. Y aquella agitación desaforada habitaba en la mente de Louis Soutter; era una suerte de obsesión que le aterraba. Pero si pensamos en lo que sucedía en Europa, en lo que sucedía a su alrededor, durante aquellos largos

años de reclusión en Ballaigues, en el Jura, cabe pensar que aquel largo riachuelo de cuerpos oscuros, retorcidos, dolientes y gesticulantes, aquellos collares de cadáveres, algo auguran. Da la impresión de que el pobre Soutter, encerrado en su delirio, tal vez sin saberlo, filma con los dedos la lenta agonía del mundo que lo rodea. Da la sensación de que el anciano Soutter hace desfilar al mundo entero, a los espectros del mundo entero, tras un mísero coche fúnebre. Todo se transforma en llamas y en espesas humaredas. Moja sus dedos retorcidos en el frasquito de tinta y nos muestra la verdad muerta de su tiempo. Una gran danza macabra.

En el Berghof se hallaban muy lejos de Louis Soutter, muy lejos de su timidez extraña, muy lejos del comedor de Ballaigues. Allí llevaban a cabo una tarea más innoble. En ese preciso minuto en que Louis Soutter mojaba tal vez sus martirizados dedos en su frasco de tinta negra, Schuschnigg miró fijamente a Adolf Hitler. Más adelante escribirá en su libro de recuerdos que Hitler ejercía sobre los hombres un influjo mágico. Y añadirá: «El Führer atraía a los demás merced a una fuerza magnética, para luego rechazarlos con tal violencia que se abría entonces un abismo que nada podía colmar». Salta a la vista que Schuschnigg no escatima las explicaciones esotéricas. Eso justifica su debilidad. El canciller del Reich es un ser sobrenatural, el ser al que la propaganda de Goebbels quisiera mostrarnos, una criatura quimérica, aterradora, inspirada.

Al final, Schuschnigg cedió. Hizo algo incluso peor. Balbuceó. Luego declaró que estaba dispuesto a firmar, pero puso una objeción, la más tímida y abúlica posible, la más pusilánime también: «Pero debo señalarle una cosa», añadió, con una mezcla perceptible de malicia y de debilidad que debió de desfigurarle, «y es que con esa firma no va a adelantar usted nada». En aquel instante, debió de saborear la sorpresa que se llevó Hitler. Debió de saborear la única chispa de superioridad sobre Adolf Hitler que pudo arrancarle al

destino. Sí, debió de gozar, él también, pero de otra manera, como un caracol tal vez, con sus blandos cuernos. Sí, debió de gozar. El silencio que sobrevino a su réplica duró una eternidad. Schuschnigg saboreó su faceta invencible, por otra parte minúscula. Y se revolvió en su butaca.

Hitler lo miró desconcertado. ¿Qué le estaba diciendo? «Según nuestra Constitución», reiteró entonces Schuschnigg, en tono doctoral, «solo la más alta autoridad del Estado, es decir, el presidente de la República, puede nombrar a los miembros del gobierno. También la amnistía es prerrogativa suya». O sea que era eso, no se contentaba con ceder ante Adolf Hitler, necesitaba también atrincherarse tras otra persona. De pronto, el pequeño autócrata, en el momento en que su poder se volvía envenenado, consentía en compartirlo.

Pero lo más extraño fue la reacción de Hitler, que balbuceó a su vez: «Entonces tiene usted derecho...», como si no acabara de entender lo que sucedía. Las objeciones de derecho constitucional lo rebasaban. Y él, que, en aras de su propaganda, procuraba conservar las apariencias, debió de sentirse bruscamente desorientado. El derecho constitucional es como las matemáticas, no permite hacer trampas. Balbuceó de nuevo: «Debe usted...». Y entonces fue sin duda cuando Schuschnigg disfrutó realmente de su victoria. ¡Por fin lo tenía atrapado! Con su derecho, lo tenía atrapado, ¡con sus estudios de derecho, con su licenciatura! Ya estaba, el brillante abogado había atrapado al pequeño agitador ignorante. Sí, el derecho constitucional existe, y no es para las termitas o los ratoncillos, no, es para los cancilleres, los auténticos hombres de Estado, ¡porque una norma constitucional, señor mío, le cierra el camino tan poderosamente como un tronco de árbol o un cordón policial!

Entonces Hitler, en extremo estado de excitación, abrió brutalmente la puerta de su despacho y vociferó en el vestíbulo: «¡General Keitel!». Acto seguido se volvió hacia Schuschnigg y le

espetó: «Le mandaré llamar luego». Schuschnigg salió, y la puerta se cerró tras él.

En el proceso de Núremberg, el general Keitel relató la escena que siguió. Fue el único testigo. Cuando el general entró en el despacho, Hitler se limitó a decirle a Keitel que se sentara, y él se sentó a su vez. Tras las misteriosas puertas de madera, el Führer le declaró que no tenía nada especial que decirle, y permaneció un rato inmóvil y en silencio. Nadie se movía ya. Hitler se hallaba absorto en sus pensamientos y Keitel seguía sentado, a su lado, sin decir nada. Y es que, para el canciller, Keitel era un peón, un simple peón, sin más, y lo utilizaba como tal. De ahí que, por curioso que pudiese parecer, en el transcurso de los largos minutos que duró aquella consulta, no ocurrió nada, estrictamente nada. Al menos eso contó Keitel.

Durante ese rato, Schuschnigg y su consejero se temen lo peor. Incluso se plantean la posibilidad de que les arresten. Transcurren cuarenta y cinco minutos..., siguen discutiendo con Ribbentrop y Von Papen, maquinalmente, las cláusulas del acuerdo; pero ¿para qué, si Hitler ha declarado que no iba a cambiar ni una coma? Para Schuschnigg debe de ser un modo de tranquilizarse, la situación ha de parecer a toda costa la más normal del mundo. Así pues, sigue actuando como si se tratara de una auténtica conferencia entre jefes de Estado, como si él siguiera siendo el representante de un país soberano. En realidad, lo que hace es evitar conferir a su penosa situación un carácter oficial que la tornaría irremediable.

Al final, Hitler manda llamar de nuevo a Kurt von Schuschnigg. Y ahí, misterios del arte de agradar, en el que se insufla el calor después del frío, en el que la tonalidad cambia de un acto a otro, de repente han desaparecido los escollos. «He decidido, por vez primera en mi vida, replantearme una decisión», espeta Adolf Hitler,

como quien otorga un inmenso privilegio. Puede que en ese instante Hitler sonría. Cuando los gánsteres o los locos furiosos sonríen, cuesta oponerles resistencia; uno quiere acabar cuanto antes con la causa de sus desdichas, uno quiere paz. Además, entre dos episodios de torturas morales, una sonrisa posee sin duda un encanto particular, como cuando escampa una tormenta. «Eso sí, se lo repito», agrega Hitler, mezclando de repente la gravedad con la confidencia, «este es el ultimísimo intento. Espero que este acuerdo entre en vigor en un plazo de tres días». Y llegados ahí, pese a que no solo nada ha cambiado, sino que incluso las modificaciones de detalle no se tendrán en cuenta, y pese a que el plazo de expiración del ultimátum acaba de acortarse injustificadamente cinco días, Schuschnigg acepta sin chistar. Agotado, como si acabara de obtener una concesión, se resigna a un acuerdo más calamitoso que el primero.

Una vez enviados los documentos a la cancillería, la conversación prosiguió amablemente. Hitler pasó a llamar a Schuschnigg «señor canciller», lo cual era el colmo. Por último, firmaron las copias mecanografiadas, y el canciller del Reich propuso a Schuschnigg y a su consejero que se quedaran a cenar. Declinaron cortésmente la invitación.